

Contáme un cuento
De hadas
Para soñar esta noche
Letras doradas

Contáme un cuento
Liviano
Para que duerma esta noche
Bajo mi mano

Contáme un cuento
Y que flote
Sobre mi almohada
Porque detrás del silencio
No escucho nada

Contámelo poco a poco
Muy despacito
Que cuando cierro los ojos
Lo necesito...

Y pasé por fin a sexto grado, que ahora sería un séptimo, con la señorita Catalina. En sexto grado no tuvimos un solo libro: tuvimos dos. El libro de lectura propiamente dicho y Platero y yo.

La señorita Catalina, que era una maestra moderna, nos hizo que lo trabajáramos en equipo a Platero y yo. (Después de todo no hay nada nuevo bajo el sol, y lo único que cambian son las palabras.)

Lindo era Platero. Y lleno de sustantivos. 4.700 tenía... o 47.000... ¿O serían 470.000? No sé, pero eran muchos, muchísimos. Y eso que en mi casa me ayudaban: mi mamá, mi papá que era maestro, y hasta algunos vecinos solidarios. Pero igual fue un lío. Sobre todo para hacer las listas de los concretos y los abstractos.

No me quejo, que mucho peor le fue a mi amiga del alma, que tuvo que buscar todos los sujetos y los predicados. Y entonces a mi amiga del alma le dio como un ataque de nervios, y nunca más pudo llevar al hermano a la calesita, porque en la calesita había un burro, y además quedó tartamuda por toda la vida.

A mi tanto no me atacó, Lo único que tuvieron que pasar más de veinticinco años (cuando mis tres hijos en sus tres escuelas tuvieron que leer Platero y yo) para que pudiera agarrar de nuevo el libro.

Pero igual los conté a los sustantivos, porque era cuestión de sacrificio, de esfuerzo, de paciencia, y porque lo había dicho la maestra. Y lo que decía la maestra era santa palabra.

Hace años que no llueve, el suelo está reseco alrededor del rancho de la familia Cañete. La bomba no tira una gota más. El padre se fue hace un mes a cazar peludos y todavía no volvió. La madre lidia con un montón de hijos en vacaciones. Están tan sucios que no se sabe si son rubios o morochos, nenas o varones. La cabra y el cabrito parecen muñecos de alambre. Los frutales sólo servirían para leña.

Al fin la madre dice: -Vayan todos a buscar algo de comer. Y allá se van corriendo. Rocío es la más chica, y toma por otro camino, con su perro Serafín pisándole los talones. La madre se pone a amasar su último pan, con harina de yuyo seco y un poco de baba de cabra, y de paso canta una copla que dice: No quiere llover, sale una nube y se vuelve a perder...

Así pasa el día y los chicos van volviendo, más sucios todavía. ¿Qué encontraron? ¡Claro, una pelota perdida, tres figuritas y unos cascotes!

Los ladridos de Serafín anuncian a Rocío: vienen rendidos, con la lengua afuera y los pelos llenos de abrojos. ¿A ver qué basura encontraron ustedes?

Rocío muestra el puño cerrado, le da vergüenza abrirlo, pero al fin estira los dedos uno por uno. ¿Qué es? ¡Bah! Un ovillito de hilo celeste muy enredado.

- Ni para remiendo sirve- dice la madre- pero no acaba de hablar cuando el ovillo se escapa de la mano de Rocío... se desanuda solo y resulta que es un hilito de agua, que empieza a viborear y rodar, y cuando sale del rancho se convierte en arroyo, y el arroyo canta y da vueltas y engorda y crece y todos miran, se quedan como de palo, los ojos como el dos de oro.

La cabra y su cría beben hasta reventar. Entonces los chicos chapotean y vemos que son lindos, rubios y morochos, cuatro varones y tres nenas, contando a Rocío, que va a buscar un jabón.

Juntan agua en todos los cacharros que tienen y se van a dormir con hambre pero al fin sin sed. Tienen miedo de que al amanecer el hilo de agua se haya desaparecido como un sueño.

Cuando despiertan, el sol ya está redondo y el río sigue allí. ¡Qué misterio misterioso, señores! Durante la noche han nacido brotecitos muy verdes, ha vuelto el benteveo a bañarse y pronto vuelve también el padre, con un atado de choclos y tres huevos de ñandú. ¡Ja!

¡Y todos contentos, gracias a Rocío y su ovillito de hilo celeste, que no era más que agua dormida al pie de un sauce amarillo!

Una tarde un sapo dijo:

—Esta noche voy a soñar que soy árbol. Y dando saltos, llegó a la puerta de su cueva. Era feliz; iba a ser árbol esa noche.

Todavía andaba el sol girando en la rueda del molino. Estuvo un largo rato mirando el cielo. Después bajó a la cueva, cerró los ojos y se quedó dormido.

Esa noche el sapo soñó que era árbol. A la mañana siguiente contó su sueño. Más de cien sapos lo escuchaban.

—Anoche fui árbol —dijo—, un álamo. Estaba cerca de unos paraísos. Tenía nidos. Tenía raíces hondas y muchos brazos como alas, pero no podía volar. Era un tronco delgado y alto que subía. Creí que caminaba, pero era el otoño llevándome las hojas. Creí que lloraba, pero era la lluvia. Siempre estaba en el mismo sitio, subiendo, con las raíces sedientas y profundas. No me gustó ser árbol.

El sapo se fue, llegó a la huerta y se quedó descansando debajo de una hoja de acelga. Esa tarde el sapo dijo:

—Esta noche voy a soñar que soy río.

Al día siguiente contó su sueño. Más de doscientos sapos formaron rueda para oírlo.

—Fui río anoche —dijo—. A ambos lados, lejos, tenía las riberas. No podía escucharme. Iba llevando barcos. Los llevaba y los traía. Eran siempre los mismos pañuelos en el puerto. La misma prisa por partir, la misma prisa por llegar. Descubrí que los barcos llevan a los que se quedan. Descubrí también que el río es agua que está quieta, es la espuma que anda; y que el río está siempre callado, es un largo silencio que busca las orillas, la tierra, para descansar. Su música cabe en las manos de un niño; sube y baja por las espirales de un caracol. Fue una lástima. No vi una sola sirena; siempre vi peces, nada más que peces. No me gustó ser río.

Y el sapo se fue. Volvió a la huerta y descansó entre cuatro palitos que señalaban los límites del perejil. Esa tarde el sapo dijo:

—Esta noche voy a soñar que soy caballo.

Y al día siguiente contó su sueño. Más de trescientos sapos lo escucharon. Algunos vinieron desde muy lejos para oírlo.

—Fui caballo anoche —dijo—. Un hermoso caballo. Tenía riendas. Iba llevando un hombre que huía. Iba por un camino largo. Crucé un puente, un pantano; toda la pampa bajo el látigo. Oía latir el corazón del hombre que me castigaba. Bebí en un arroyo. Vi mis ojos de caballo en el agua. Me ataron a un poste. Después vi una estrella grande en el cielo; después el sol; después un pájaro se posó sobre mi lomo. No me gustó ser caballo.

Otra noche soñó que era viento. Y al día siguiente dijo:

—No me gustó ser viento.

Soñó que era luciérnaga, y dijo al día siguiente:

—No me gustó ser luciérnaga.

Después soñó que era nube, y dijo:

—No me gustó ser nube.

Una mañana los sapos lo vieron muy feliz a la orilla del agua.

—¿Por qué estás tan contento? —le preguntaron.

Y el sapo respondió:

—Anoche tuve un sueño maravilloso. Soñé que era sapo.

A este cuento lo encontré en el aire de la calle y lo puse en esta hoja de papel

Era una casita verde, con ventanas verdes y verde chimenea.

La casita estaba en medio del bosque verde de un país verde, en un planeta verde.

Justamente allí, el hombrecito verde leía su libro verde.

Se hamacaba en el sillón con un verde balanceo y le burbujeban los ojos verdes, de verdes ganas de saber el final de la historia que contaba su libro verde.

Estaba verde de contento porque se había asegurado que nadie, nadie, vendría a interrumpir su momento verde.

Solo se oía el ruido verde del fuego que ponis chispeantes a las ventanas verdes de la casa.

El tiempo pasaba verde, verde, verdemente.

De pronto sonaron a la puerta tres golpes verdes.

-¿Quién es?- preguntó con verde asombro el hombrecito-.

¿Quién llama hoy a mi puerta verde?

Respondió un silencio verde.

El hombrecito cerró su libro verde, caminó sobre su alfombra verde, y con verde intriga abrió de un golpe la puerta verde de su casa verde.

Ante él estaba el hombrecito rojo, que parpadeó rojamente confuso.

Con sonrisa roja y rojos pasitos para atrás dijo:

-Disculpe, señor, creo que me equivoqué de cuento.

Cuento prohibido en época de la dictadura militar

Que un elefante ocupa mucho espacio lo sabemos todos. Pero que Víctor, un elefante de circo, se decidió una vez a pensar "en elefante", esto es, a tener una idea tan enorme como su cuerpo... ah... eso algunos no lo saben, y por eso se los cuento:

Verano. Los domadores dormían en sus carromatos, alineados a un costado de la gran carpa. Los animales velaban desconcertados. No era para menos: cinco minutos antes el loro había volado de jaula en jaula comunicándoles la inquietante noticia. El elefante había declarado huelga general y proponía que ninguno actuara en la función del día siguiente.

—¿Te has vuelto loco, Víctor? —le preguntó el león, asomando el hocico por entre los barrotes de su jaula—. ¿Cómo te atreves a ordenar algo semejante sin haberme consultado? ¡El rey de los animales soy yo!

La visita del elefante se desparramó como papel picado en la oscuridad de la noche:

—Ja. El rey de los animales es el hombre, compañero. Y sobre todo aquí, tan lejos de nuestras selvas...

—¿De qué te quejas, Víctor? —interrumpió un osito, gritando desde su encierro. ¿No son acaso los hombres los que nos dan techo y comida?

—Tú has nacido bajo la lona del circo... —le contestó Víctor dulcemente. La esposa del criador te crió con mamadera... Solamente conoces el país de los hombres y no puedes entender, aún, la alegría de la libertad...

—¿Se puede saber para qué hacemos huelga? —gruñó la foca, coleteando nerviosa de aquí para allá.

—¡Al fin una buena pregunta! —exclamó Víctor, entusiasmado, y ahí nomás les explicó a sus compañeros que ellos eran presos... que trabajaban para que el dueño del circo se llenara los bolsillos de dinero... que eran obligados a ejecutar ridículas pruebas para divertir a la gente... que se los forzaba a imitar a los hombres... que no debían soportar más humillaciones y que patatín y que patatán. (Y que patatín fue el consejo de hacer entender a los hombres que los animales querían volver a ser libres... Y que patatán fue la orden de huelga general...)

—Bah... Pamplinas... —se burló el león—. ¿Cómo piensas comunicarte con los hombres? ¿Acaso alguno de nosotros habla su idioma?

—Sí —aseguró Víctor. El loro será nuestro intérprete —y enroscando la trompa en los barrotes de su jaula, los dobló sin dificultad y salió afuera. En seguida, abrió una tras otra las jaulas de sus compañeros.

Al rato, todos retozaban en los carromatos. ¡hasta el león!

Los primeros rayos de sol picaban como abejas zumbadoras sobre las pieles de los animales cuando el dueño del circo se desperezó ante la ventana de su casa rodante. El calor parecía cortar el aire en infinidad de líneas anaranjadas... (los animales nunca supieron si fue por eso que el dueño del circo pidió socorro y después se desmayó, apenas pisó el césped...)

De inmediato, los domadores aparecieron en su auxilio:

—¡Los animales están sueltos! —gritaron a coro, antes de correr en busca de sus látigos.

—¡Pues ahora los usarán para espantarnos las moscas! —les comunicó el loro no bien los domadores los rodearon, dispuestos a encerrarlos nuevamente.

—¡Ya no vamos a trabajar en el circo! ¡Huelga general, decretada por nuestro delegado, el elefante!

—¿Qué disparate es este? ¡A las jaulas! —y los látigos silbadores ondularon amenazadoramente.

—¡Ustedes a las jaulas! —gruñeron los orangutanes. Y allí mismo se lanzaron sobre ellos y los encerraron. Pataleando furioso, el dueño del circo fue el que más resistencia opuso. Por fin, también él miraba correr el tiempo detrás de los barrotes.

La gente que esa tarde se aglomeró delante de las boleterías, las encontró cerradas por grandes carteles que anunciaban: CIRCO TOMADO POR LOS TRABAJADORES. HUELGA GENERAL DE ANIMALES.

Entretanto, Víctor y sus compañeros trataban de adiestrar a los hombres:

—¡Caminen en cuatro patas y luego salten a través de estos aros de fuego! ¡Mantengan el equilibrio apoyados sobre sus cabezas!

—¡No usen las manos para comer! ¡Rebuznen! ¡Maúllen! ¡Ladren! ¡Rujan!

—¡BASTA, POR FAVOR, BASTA! —gimió el dueño del circo al concluir su vuelta número doscientos alrededor de la carpa, caminando sobre las manos—. ¡Nos damos por vencidos! ¿Qué quieren?

El loro carraspeó, tosió, tomó unos sorbitos de agua y pronunció entonces el discurso que le había enseñado el elefante:

—...Con que esto no, y eso tampoco, y aquello nunca más, y no es justo, y que patatín y que patatán... porque... o nos envían de regreso a nuestras selvas... o inauguramos el primer circo de hombres animalizados, para diversión de todos los gatos y perros del vecindario. He dicho.

Las cámaras de televisión transmitieron un espectáculo insólito aquel fin de semana: en el aeropuerto, cada uno portando su correspondiente pasaje en los dientes (o sujeto en el pico en el caso del loro), todos los animales se ubicaron en orden frente a la puerta de embarque con destino al África.

Claro que el dueño del circo tuvo que contratar dos aviones: en uno viajaron los tigres, el león, los orangutanes, la foca, el osito y el loro. El otro fue totalmente utilizado por Víctor... porque todos sabemos que un elefante ocupa mucho, mucho espacio...

Julieta terminó de lustrar los zapatos de ir a la escuela. Cierta que ella hubiera preferido poner las zapatillas rosas con estrellitas, las que le había regalado su madrina para el cumpleaños número seis. Pero la mamá dijo que esas zapatillas eran una pura hilacha y que qué iban a pensar los Reyes Magos.

—Ya que estamos, Julieta —aprovechó la mamá—, dámelas que te las tiro de una vez por todas a la basura.

Porque a la mamá de Julieta no le gustaban las cosas gastadas o con agujeros. Tampoco le gustaban las cosas sucias o desprolijas. Y siempre tenía la casa limpia, reluciente y olorosa a pino. Debía de ser por eso que la mamá de Julieta no podía ni oír hablar de perros.

—Perros en esta casa, jamás —decía—. Los perros ensucian, rompen todo y traen pestes.

Así que en la casa de Julieta no había perros, había tortuga. Y no es que Julieta no le tuviera cariño a la Pancha. Pero la Pancha era medio aburrida, y se la pasaba durmiendo en su caja. Lo que Julieta quería —y lo quería con toda el alma— era un perro. Un perro que le lamiera la mano y la esperara cuando ella volvía de la escuela. Un perro que le saltara encima para robarle las galletitas. Por eso Julieta le había pedido un perro a los Reyes. Y los Reyes se lo iban a traer, porque siempre le habían traído lo que ella les pedía.

¿Y su mamá? ¿Qué diría su mamá del perro?, se preguntó Julieta y el corazón le hizo tiquitiqui toc toc.

Pero enseguida pensó que su mamá no iba a tener más remedio que aguantarse, porque uno no puede andar despreciando los regalos de los Reyes.

—¡Julieta! —dijo la mamá— Sacá la basura a la calle y vení a comer...

A Julieta no le gustaba nada sacar la basura, pero hoy tenía que portarse muy bien porque era un día especial. Así que agarró la bolsa de la basura —con sus zapatillas adentro, claro— y, sin protestar, atravesó el pasillo y la dejó en la vereda, al lado del arbolito.

Mientras hacía esfuerzos por dormirse, Julieta pensó que ella, a veces, no la entendía a su mamá. ¿No era, acaso, que los Reyes Magos, tan poderosos y tan ricos, se habían atravesado el mundo entero para ir a llevarle regalos a un pobrecito bebé que ni cuna tenía? ¿Y esos Reyes se iban a asustar de sus zapatillas gastadas? Pero bueno, mejor pensar en el perro, que a ella le encantaría blanco y medio petiso. Y Julieta se quedó dormida.

A la mañana siguiente, Julieta se despertó tempranísimo. Allí, junto a sus zapatos brillantes, estaba el perro.

—¿Viste, nena? —dijo la mamá—. ¡Un perro, como vos querías! Mirá: si le tirás de acá, mueve la cola y las orejas... ¿Estás contenta?

No. Julieta no estaba contenta. El perrito que le habían traído los Reyes era más aburrido que la Pancha. Porque la Pancha, por lo menos, estaba viva, aunque a veces mucho no se le notara. Este perrito no le lamería la mano a Julieta, ni le robaría las galletitas, ni nada de nada.... ¿Es que los Reyes se habían equivocado? Pero cuando, al rato nomás, Julieta salió a comprar la leche, pensó que no, que los Reyes Magos nunca se equivocan: al lado del árbol, con una de sus zapatillas entre los dientes y la otra entre las patas, había un perrito blanco y medio petiso. El perrito la miró a Julieta y, sin soltar las zapatillas, le movió la cola. Entonces Julieta lo agarró en brazos y corrió a su casa gritando:

—¡¡Mamaaaaá!! ¡¡Mamaaaaá!! ¡¡ Los reyes me pusieron uno de verdad en las zapa!!

La mamá salió al pasillo y lo único que dijo fue: —¡Ay, mi Dios querido!

Pero se ve que no se animó a despreciar un regalo hecho por los mismísimos Reyes, porque después de un rato de mirarla a la hija y al perrito, agregó por lo bajo:
—Entren nomás, que este perrito necesita un baño de padre y señor mío... otra vez...

La familia Delasoga era muy unida. O, por lo menos, muy atada.

Juan Delasoga y María Delasoga se habían atado un día de primavera con una soguita blanca, larga, flexible, elástica y resistente. Y desde ese día no se habían vuelto a separar.

Lo mismo había pasado con Juancho y con Marita, los hijos de Juan y María. En cuanto nacieron, los ataron. Con toda suavidad, pero con nudos.

No es tan difícil de entender si uno lo piensa.

Marita, por ejemplo, estaba atada a su mamá, a su papá y a su hermano: en total, tres soguitas blancas anudadas a la cintura.

Y lo mismo pasaba con Juancho. Y con Juan. Y con María.

Claro que no era fácil acomodar tanta sogas; había peligro de galletas, de sacudidas, de tropezones. Pero con el tiempo se habían ido acostumbrando a moverse siempre con prudencia y a no alejarse nunca demasiado.

Por ejemplo, cuando se sentaban a la mesa era más o menos así.

Y cuando se acostaban a dormir.

Y cuando salían a pasear los domingos por la mañana.

Los Delasoga eran expertos en ataduras. La sogas con que se ataban no era una sogas así nomás, de morondanga; era una espléndida sogas, elástica y extensible.

Así que cuando Juancho y Marita iban a la escuela, que quedaba a la vuelta, María podía quedarse en su casa haciendo la comida, casi como si tal cosa, salvo que la cintura le molestaba un poco porque la soguita estaba tensa... y tiraba.

Lo mismo pasaba cuando Juan iba al taller que, por suerte, quedaba al lado. A la hora de la leche no era raro ver a María, a Marita y a Juancho mirando la televisión mientras tres sogas los tironeaban un poco hacia la calle, porque el papá todavía no había vuelto.

De un modo o de otro, los Delasoga se las arreglaban.

Aunque, claro, había cosas que no podían hacer. Por ejemplo: Juancho nunca había podido salir a dar una vuelta a la manzana con sus patines. Y eso era bastante grave porque Junco tenía un par de patines relucientes con rueditas amarillas.

Pero ¿qué sogas podía aguantar una vuelta a la manzana en dos patines?

A María le hubiese gustado ir a visitar a su amiga Encarnación, la de Barracas. Pero ¡qué esperanza! No se había inventado todavía una sogas tan resistente. Eso a María le daba un poco de pena porque era lindo charlar con Encarnación de tantas cosas.

Y Juan también. A Juan le hubiera encantado ir a la cancha a cantar a lo loco un gol de Ferro. Pero no; no podía: la sogas no daba para tanto. Y eso a Juan, muy en secreto, le daba un poco de rabia.

Y Marita, para no ser menos, también tenía sus ganas: ganas de pasear solita hasta el quiosco. Sola, no, ahí estaban las sogas, las tres soguitas blancas, flexibles y resistentes.

Y así siempre. Por años. Cuando una sogas se ponía vieja, deshilachada y roñosa, la cambiaban por otra nueva, blanca y flamante.

Los Delasoga ya habían gastado más de quince rollos de sogas de la buena, y habrían gastado muchísimos rollos más de no haber sido por la tijera brillante.

Bueno, en realidad la tijera brillante siempre había estado allí, en el costurero, hundida entre botones y carretes. Pero nunca había brillado tanto como esa tarde. En una de esas porque era una tarde de sol brillante como una tijera.

Los Delasoga estaban, como siempre, atados.

María cosía un pantalón gris y aburrido.
Marita miraba como María cosía.
Juancho miraba como miraba Marita a María, que cosía.
Juan miraba a Juancho mirar a Marita, que miraba a María, que cosía.
Y la tijera brillaba.
Cada tanto María la agarraba y —tris tras— cortaba la tela.
Y, mientras cosía, miraba las soguitas enruladas en montoncitos blancos sobre el piso.
En realidad María nunca había pensado mucho en las sogas. Ahora, de pronto, las miraba mejor, las miraba fijo, y se daba cuenta de que les tenía rabia.
Entonces sucedió, por fin, lo que tenía que suceder de una vez por todas. María agarró la tijera y —tris tras— no cortó el pantalón gris; cortó la sogá. Una sogá cualquiera, la que tenía más cerca. Y después otra sogá. La tercera y la cuarta las cortó Juan. Y Marita y Juancho cortaron una cada uno.
Las soguitas cortadas se cayeron al piso y se quedaron quietas.
¡Pobrecitos Delasoga! No estaban acostumbrados a vivir desatados. Al principio se asustaron muchísimo y casi casi salen corriendo a comprar otro rollo.
Pero después Juan dijo en voz baja:
—Casi casi... me iría a la cancha de Ferro, que hoy juega con River.
Y María dijo en voz alta:
—Casi casi... me iría a visitar a Encarnación, la de Barracas.
Y Juancho corrió a buscar los patines de las ruedas amarillas.
Y Marita dijo chau y se fue al quiosco del andén a elegirse dos revistas.
Esta vez los cuatro Delasoga pasaron cuatro tardes, todas distintas.
Se volvieron a encontrar a la nohecita. Estaban cansados, porque no era fácil andar solos y para cualquier lado.
Juan y María se abrazaron muy fuerte y se contaron cosas.
Juancho contó, mientras se desataba los patines, que en el barrio tenía un amigo que no se llamaba Juan, sino Bartolo.
Marita contó que, junto al quiosco del andén, siempre había campanillas azules y geranios rojos.
De la sogá no hablaron más. ¿Para qué iba a hablar de sogas una gente tan unida?

Las esponjas suelen contar historias interesantes. El único problema es que las cuentan en voz muy baja. De modo que para oír las hay que lavarse bien las orejas.

Una esponja me contó una vez lo siguiente:

En una época lejana las guerras duraban mucho.

Un rey se iba a la guerra y volvía treinta años después, cansado y sudado de tanto cabalgar, con la espada tinta en chinchulín enemigo.

Algo así le sucedió al rey Vigildo. Se fue de guerra una mañana y volvió veinte años más tarde, protestando porque le dolía todo el cuerpo.

Naturalmente lo primero que hizo su esposa, la reina Inés, fue prepararle una bañera con agua caliente. Pero cuando llegó el momento de sumergirse en la bañera, el rey se negó.

—No me baño —dijo—. ¡No me baño no me baño y no me baño!

La reina, los príncipes. La parentela real y la corte entera quedaron estupefactos.

—¿Qué pasa, majestad? —preguntó el viejo chambelán—. ¿Acaso el agua está demasiado caliente? ¿El jabón demasiado frío? ¿La bañera es muy profunda?

—No, no y no —contestó el rey—. Pero yo no me baño nada.

Por muchos esfuerzos que hicieron para convencerlo, no hubo caso.

Con todo respeto trataron de meterlo en la bañera entre cuatro, pero tanto gritó y tanto escándalo hizo para zafar que al final lo soltaron.

La reina Inés consiguió que se cambiara las medias —¡las medias que habían batallado con él veinte años!—, pero nada más.

Su hermana, la duquesa Flora, le decía:

—¿Qué te pasa, Vigildo? ¿Temes oxidarte o despintarte o encogerse o arrugarte...?

Así pasaron días interminables. Hasta que el rey se atrevió a confesar:

—¡Extraño las armas, los soldados, las fortalezas, las batallas! Después de tantos años de guerra, ¿qué voy a hacer yo sumergido como un besugo en una bañera de agua tibia? Además de aburrirme, me sentiría ridículo.

Y terminó diciendo en tono dramático:

—¿Qué soy yo, acaso? ¿Un rey guerrero o un poroto en remojo?

Pensándolo bien, Vigildo tenía razón. ¿Pero cómo solucionarlo?

Razonaron bastante, hasta que al viejo chambelán se le ocurrió una idea.

Mandó hacer un ejército de soldados del tamaño de un dedo pulgar, cada uno con su escudo, su lanza, su caballo, y pintaron los uniformes del mismo color que el de los soldados del rey. También construyeron una pequeña fortaleza con puente levadizo y cocodrilos del tamaño de un carretel, para poner en el foso del castillo.

Fabricaron tambores y clarines en miniatura. Y barcos de guerra que navegaban empujados a mano o a soplidos.

Todo esto lo metieron en la bañera del rey, junto con algunos dragones de jabón.

Vigildo quedó fascinado ¡Era justo lo que necesitaba!

Ligero como una foca, se zambulló en el agua. Alineó a sus soldados y ahí nomás inició un zafarrancho de salpicaduras y combate.

Según su costumbre, daba órdenes y contraórdenes. Hacía sonar la corneta y gritaba:

—¡Avanzad, mis valientes! Glub, glub. ¡No reculéis, cobardes! ¡Por el flanco izquierdo! ¡Por la popa...!

Y cosas así. La esponja me contó que después no había forma de sacarlo del agua.

También que esa costumbre quedó para siempre.
Es por eso que todavía hoy, cuando los chicos se van a bañar, llevan sus soldados, sus perros, sus osos, sus tambores, sus cascos, sus armas, sus caballos, sus patos y sus patas de rana. Y si no hacen eso, cuéntenme lo aburrido que es bañarse.

Fue como si el viento hubiera comenzado a traer las penas. Y de repente todos los animales se enteraron de la noticia. Abrieron muy grandes los ojos y la boca, y se quedaron con la boca abierta, sin saber qué decir.

Es que no había nada que decir.

Las nubes que trajo el viento taparon el sol. Y el viento se quedó quieto, dejó de ser viento y fue un murmullo entre las hojas, dejó de ser murmullo y apenas fue una palabra que corrió de boca en boca hasta que se perdió en la distancia.

Ahora todos lo sabían: el viejo tatú estaba a punto de morir.

Por eso los animales lo rodeaban, cuidándolo, pero sin saber qué hacer.

—Es que no hay nada que hacer —dijo el tatú con una voz que apenas se oía—. Además, me parece que ya era hora.

Muchos hijos y muchísimos nietos tatucitos miraban con una tristeza larga en los ojos.

—¡Pero, don tatú, no puede ser! —dijo el piojo—, si hasta ayer nomás nos contaba todas las cosas que le hizo al tigre.

—¿Se acuerda de las veces que lo embromó al zorro?

—¿Y de las aventuras que tuvo con don sapo?

—¡Y cómo se reía con las mentiras del sapo!

Varios quirquinchos, corzuelas y monos muy chicos, que no habían oído hablar de la muerte, miraban sin entender.

—¡Eh, don sapo! —dijo en voz baja un monito—. ¿Qué le pasa a don tatú? ¿Por qué mi papá dice que se va a morir?

—Vamos, chicos —dijo el sapo—, vamos hasta el río, yo les voy a contar.

Y un montón de quirquinchos, corzuelas y monitos lo siguieron hasta la orilla del río, para que el sapo les dijera qué era eso de la muerte.

Y les contó que todos los animales viven y mueren. Que eso pasaba siempre, y que la muerte, cuando llega a su debido tiempo, no era una cosa mala.

—Pero don sapo —preguntó una corzuela—, ¿entonces no vamos a jugar más con don tatú?

—No. No vamos a jugar más.

—¿Y él no está triste?

—Para nada. ¿Y saben por qué?

—No, don sapo, no sabemos...

—No está triste porque jugó mucho, porque jugó todos los juegos. Por eso se va contento.

—Claro —dijo el piojo—. ¡Cómo jugaba!

—¡Pero tampoco va a pelear más con el tigre!

—No, pero ya peleó todo lo que podía. Nunca lo dejó descansar tranquilo al tigre. También por eso se va contento.

—¡Cierto! —dijo el piojo—. ¡Cómo peleaba!

—Y además, siempre anduvo enamorado. También es muy importante querer mucho.

—¡Él sí que se divertía con sus cuentos, don sapo! —dijo la iguana.

—¡Como para que no! Si más de una historia la inventamos juntos, y por eso se va contento, porque le gustaba divertirse y se divirtió mucho.

—Cierto —dijo el piojo—. ¡Cómo se divertía!

—Pero nosotros vamos a quedar tristes, don sapo.

—Un poquito sí, pero... —la voz le quedó en la garganta y los ojos se le mojaron al sapo—. Bueno, mejor vamos a saludarlo por última vez.

—¿Qué está pasando que hay tanto silencio? —preguntó el tatú con esa voz que apenas se oía—. Creo que ya se me acabó la cuerda. ¿Me ayudan a meterme en la cueva?

Al piojo, que estaba en la cabeza del ñandú, se le cayó una lágrima, pero era tan chiquita que nadie se dio cuenta.

El tatú miró para todos lados, después bajó la cabeza, cerró los ojos, y murió.

Muchos ojos se mojaron, muchos dientes se apretaron, por muchos cuerpos pasó un escalofrío.

Todos sintieron que los oprimía una piedra muy grande.

Nadie dijo nada.

Sin hacer ruido, como si el ruido pudiera molestar, los animales se fueron alejando.

El viento sopló y sopló, y comenzó a llevarse las penas. Sopló y sopló, y las nubes se abrieron para que el sol se pusiera a pintar las flores. El viento hizo ruido con las hojas de los árboles y silbó entre los pastos secos.

—¿Se acuerdan —dijo el sapo— cuando hizo el trato con el zorro para sembrar maíz?

Cuentan que cuentan que había una vez una princesa
que vivía en un estante de una vieja biblioteca.
Su casa era un cuento de hadas, que casi nadie leía,
que estaba entre un diccionario y un libro de poesías.
Solamente algunos chicos acariciaban sus páginas
y visitaban a veces su palacio de palabras.
Desde la torre más alta, suspiraba la princesa.
Lágrimas de tinta negra delectaban su tristeza.

Es que ella estaba aburrida de vivir la misma historia
que de tanto repetir se sabía de memoria:
la bruja que la hechizaba por envidiar su belleza
y el príncipe rescatándola y casándose con ella.
Cuentan que cuentan que un día justo en el último estante
alguien encontró otro libro que no había visto antes.
Al abrir con suavidad sus hojas amarillentas
salió un capitán pirata que estaba en esa novela.
Asomada entre las páginas la princesa lo miraba.

Él dibujó una sonrisa sólo para saludarla.
Y tarareó la canción que el mar le canta a la luna
y le regaló un collar hecho de algas y espuma.
Sentado sobre un renglón, el pirata, cada noche,
la esperaba en una esquina del capítulo catorce.
Ella subía en silencio una escalera de sílabas
para encontrar al pirata en la última repisa.
Y se quedaban muy juntos hasta que salía el sol,
oyendo el murmullo tibio del mar, en un caracol.

Cuentan que cuentan que en mayo los dos se fueron un día
y dejaron en sus libros varias páginas vacías.
Muchos otros personajes ofendidos protestaban:
–Las princesas de los cuentos no se van con los piratas.
Pero ellos ya estaban lejos, muy lejos, en alta mar
y escribían otra historia conjugando el verbo amar.
El pirata y la princesa aferrada al brazo de él
navegan por siete mares en un barco de papel.

- Es así Pancho. Cuando un gato desaparece de la casa de sus dueños, no hay duda: es porque se ha puesto celeste. Y de nada sirve que lo busquen ofreciéndole un lomito a medio asar o crema de leche fresca. No volverá ni por una lata de sardinas recién abierta. -
- Y por qué?
- Porque al ponerse celestes, los gatos dejan de sentir hambre. Y sueño y frío.
- Pero... y dónde van abuelo?
- A ningún lugar en especial. Andan como siempre, por todos lados.
- Y cómo yo no los veo?
- Es que son transparentes, cómo el aire limpio, o el agua clara.
- Y caminan?
- Claro que caminan : Por los techos, por los jardines, por las terrazas... y por el aire.
- Por el aire? Eso sí que no me lo creo
- Si, señor... Los gatos celestes pueden hacer cosas que los gatos comunes no pueden.
- Y qué más, qué más?
- Bueno... Pueden guiar a los gatos con hambre hasta los lugares donde hay comida...
- Si?
- O indicarles dónde pasar una noche de tormenta sin mojarse...

Pancho se acercó más a su abuelo y reclinó la cabeza sobre su pecho. Se sintió seguro y contento de estar junto a él.

Al poco rato dormía serenamente.

Entonces el abuelo lo sujetó con cuidado por la piel de la nuca y caminó muy despacio varias cuadras.

En el umbral de una linda casa, había un cajoncito con trapos de lana y una nota que pedía: "Señores Reyes: Queremos de regalo un gatito de cualquier color. Gracias."

El abuelo puso dentro a Pancho.

Después se alejó tranquilo, mientras se iba poniendo celeste.

Había una vez un niña bonita, bien bonita.

Tenía los ojos como dos aceitunas negras, lisas y muy brillantes.

Su cabello era rizado y negro, como hecho de finas hebras de la noche. Su piel era oscura y lustrosa, más suave que la piel de la pantera cuando juego con la lluvia.

A su mamá le encantaba peinarla y a veces le hacía una trencitas todas adornadas con cintas de colores. Y la niña bonita terminaba pareciendo una princesa de las tierras de África o un hada del Reino de la Luna.

Al lado de la casa de la niña bonita vivía un conejo blanco, de orejas color rosa, ojos muy rojos y hocico tembloroso. El conejo pensaba que la niña bonita era la persona más linda que había visto en toda su vida. Y decía:

- Cuando yo me case, quiero tener una hija negrita y bonita, tan linda como ella...

Por eso, un día fue adonde la niña y le preguntó:

- Niña bonita, niña bonita, ¿cuál es tu secreto para ser tan negrita?

La niña no sabía, pero inventó.

- Ah, debe ser que de chiquita me cayó encima un frasco de tinta negra.

El conejo fue a buscar un frasco de tinta negra. Se lo echó encima y se puso negro y muy contento. Pero cayó un aguacero que le lavó toda la negrura y el conejo quedó blanco otra vez. Entonces, regresó adonde la niña y le preguntó:

- Niña bonita, niña bonita, ¿cuál es tu secreto para ser tan negrita?

La niña no sabía, pero inventó.

- Ah, debe ser que de chiquita tomé café negro.

El conejo fue a su casa. Tomó tanto café que perdió el sueño y pasó toda la noche haciendo pipí. Pero no se puso negro.

Regresó entonces adonde la niña y le preguntó otra vez:

- Niña bonita, niña bonita, ¿cuál es tu secreto para ser tan negrita?

La niña no sabía, pero inventó:

- Ah, debe ser que de chiquita comí mucha uva negra.

El conejo fue a buscar una cesta de uvas negras y comió y comió hasta quedar atiborrado de uvas, tanto, que casi no podía moverse.

Le dolía la barriga y pasó toda la noche haciendo pupú.

Pero no se puso nada negro.

Cuando mejoró, regresó adonde la niña y le preguntó una vez más:

- Niña bonita, niña bonita, ¿cuál es tu secreto para ser tan negrita?

La niña no sabía y ya iba a ponerse a inventar algo de unos frijoles negros cuando su mamá, que era mulata linda y risueña, dijo:

- Ningún secreto. Encantos de una abuela negra que ella tenía.

Ahí el conejo, que era bobito pero no tanto, se dio cuenta de que la madre debía estar diciendo la verdad, porque la gente se parece siempre a sus padres, a sus abuelos, a sus tíos y hasta a sus parientes lejanos. Y si él quería tener una hija negrita y linda como la niña bonita, tenía que buscar una coneja negra para casarse.

No tuvo que buscar mucho. Muy pronto, encontró una coneja oscura como la noche que hallaba a ese conejo blanco muy simpático. Se enamoraron, se casaron y tuvieron un montón de hijos, porque cuando los conejos se ponen a tener hijos, no paran más. Tuvieron conejitos para todos los gustos: blancos, bien blancos, blancos medio grises, blancos

manchados de negro, negros manchados de blanco, y hasta una conejita negra, bien negrita.
Y la niña bonita fue la madrina de la conejita negra.

Cuando la conejita salía a pasear siempre había alguien que le preguntaba:

- Coneja negrita, ¿cuál es tu secreto para ser tan bonita?

Y ella respondía.

- Ningún secreto. Encantos de mi madre que ahora son míos.

Declaración universal de los niños a escuchar cuentos

1- Todas las niñas y niños, de cero a cien años, sin distinción de raza, idioma o religión, tienen derecho a descubrir los más hermosos cuentos, mitos y leyendas de la tradición oral de sus pueblos.

2- Todo ser humano tiene pleno derecho a exigir que sus padres y madres les cuenten cuentos a cualquier hora del día. Aquellos padres sorprendidos negándose a contar un cuento, no sólo incurren en un grave delito de omisión culposa, sino que se están autocondenando a que sus hijos jamás les vuelvan a pedir otro cuento.

3- Quien no tenga a nadie que le cuente cuentos, tiene absoluto derecho a pedir al adulto de su preferencia que se los cuente, siempre y cuando éste lo haga con amor y ternura, que es como se cuentan los cuentos.

4- Todas las niñas y niños tienen derecho a escuchar cuentos sentados en las rodillas de sus abuelos. Quienes tengan vivos a sus abuelos y abuelas, podrán compartirlos con otros niños que no los tengan. Aquellos abuelos que carezcan de nietos y nietas están en libertad de acudir a escuelas y parques donde podrán contar cuantos cuentos quieran.

5- Las personas adultas están en la obligación de poner al alcance de las niñas y los niños todos los libros, cuentos y poesías de diferentes autores.

6- Las niñas y niños tienen derecho a conocer los relatos indígenas y cuentos costumbristas, así como de toda aquella literatura oral creada por nuestros pueblos.

7- Toda persona tiene derecho a inventar y contar sus propios cuentos, así como a modificar los ya existentes creando su propia versión. En aquellos casos de niños y adultos muy influenciados por la televisión, sus padres y madres están en la obligación de descontaminarlos conduciéndolos por los caminos de la imaginación, de la mano de un buen libro de cuentos.

8- Las niñas y niños tienen derecho a exigir cuentos nuevos. Los adultos están en la obligación de nutrirse permanentemente de imaginativos relatos, propios o no, con o sin reyes, largos o cortos. Lo único obligatorio es que sean hermosos y cautivantes.

9- Las niñas y niños siempre tienen derecho a pedir otro cuento y a pedir que se les cuenten un millón de veces el mismo cuento.

10- Todas las niñas y niños del mundo tienen derecho a crecer acompañados de las aventuras de Tío Tigre y Tío Conejo, del caballo volador y de las hadas madrinas, del colorín colorado del final de los cuentos y del inmortal “había una vez”, palabras mágicas que abren las puertas de la imaginación hacia la ruta de los sueños más hermosos de la niñez.